LA PASION
DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

POR

MONS. SEGUR.

Traduccion libre

por

F. S. y S.



BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.
1878.



LA PASION
DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

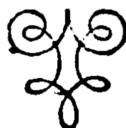
POR

MONS. SEGUR.

Traduccion libre

por

F. S. y S.



BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.
1878.

PRÓLOGO.

Un misionero que penetró hasta el Tibet para predicar allí el Evangelio, refiere que en una de las principales poblaciones de esta vasta nacion infiel trabó relaciones con un jóven médico, célebre en toda la comarca por la honradez de sus costumbres, bondad para con los pobres y puntualidad en la práctica de su falsa religion.

Este hombre ignoraba hasta la existencia del Cristianismo. Instruyóle poco á poco el misionero, desvaneciendo sus preocupaciones y preparando gradualmente su alma para recibir la divina luz.

Cierto dia hubo el jóven médico de visitar al Padre en la humilde habitacion que ocupaba en Lhasa, y sobre la pared de ella veíase colocada una gran imágen

de Jesús crucificado, recien traida de Francia. Era este todo el adorno de aquella vivienda verdaderamente apostólica. Durante la conversacion conoció el misionero que esta imágen llamaba de un modo particular la atencion de su discípulo, y de esto tomó ocasion para explicarle más extensamente los adorables misterios de la Encarnacion divina y de la Redencion. Díjole como Dios, en el exceso de su infinito amor, habia querido venir Él mismo á este mundo, hecho hombre mortal, y vivir en él como un padre de familia en medio de sus hijuelos, como un rey en medio de sus queridos vasallos; explicóle de qué suerte Dios, al hacerse hombre, se encarnó y se humilló hasta nosotros sin perder nada de su perfectísima santidad y sin abandonar la majestad de su gloria, y como Jesús no se contentó de hacerse de este modo rey, maestro, dueño y hermano nuestro, sino que extendió su amor hasta el punto de tomar sobre sí el castigo

de nuestros pecados, hasta llegar á ser nuestro Redentor y nuestra víctima. Así le dió á conocer el misterio de la cruz, de esa cruz sangrienta en la cual se consumó el sacrificio expiatorio del divino Salvador.

Así que acabó de hablar el generoso misionero, observó que gruesas lágrimas corrian silenciosamente por el rostro de su amigo, quien tenia fijada su vista en la sagrada imágen, sin poder, por decirlo así, apartarla de ella. Respetando esta religiosa emocion, retiróse el misionero, y púsose en oracion pidiendo á Dios se dignase atraer á sí por los escondidos senderos de su gracia á aquella alma buena y dócil que tan bien dispuesta parecia á conocerle, servirle y amarle. La solitaria contemplacion del jóven médico duró más de media hora, y eran tan profundos los sentimientos que agitaban su alma, que apenas pudo articular unas breves palabras antes de despedirse del buen Padre. La cruz, el mis-

terio de Cristo crucificado habian traspasado su alma é introducido en ella la luz que le condujo muy pronto hasta el santo Bautismo.

Querido lector: hé aquí, no una muda pintura, sino una relacion minuciosa de este mismo misterio de amor y de sufrimientos. ¡Ojalá produzca en tu alma la misma impresion viva y eficaz que en la del pobre idólatra produjo el Crucifijo del misionero! ¡Ojalá te conduzca lleno de arrepentimiento y de fervor á los piés de tu divino Redentor crucificado!

LA PASION
DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I.

Es preciso contemplar el misterio de la Pasion de los dolores de Jesús con los ojos de la fe y del amor.

No considerando el asunto más que superficialmente y por lo que aparece á los sentidos, diríase que muchos mártires sufrieron muchísimo más que Jesucristo. Mas cuando se empieza á comprender las profundidades verdaderamente espantosas del misterio de la Redencion, cambia todo de aspecto; y los sufrimientos de Cristo aparecen entonces, como son en sí, grandiosos como el universo.

En efecto. Jesús es, no solo el Dios Criador y el Dueño supremo, sino que por la union indivisible de las dos naturalezas divina y humana en su adorable persona, es el centro de toda la creacion, y el centro en particular de todo el género humano. De la misma manera que es el Santo de los Santos, así es tambien el Hombre de los hombres. Y despues que el hombre se hubo hecho pecador y, como tal, esclavo del demonio, sujeto al sufrimiento, al castigo y á la muerte, Jesús, el Hombre-Dios, Redentor de todos los hombres, vino á hacerse como el pecador universal, el maldito entre todos los malditos, hasta el punto que san Pablo no haya vacilado en decir que Cristo se hizo por nosotros *pecado* y *maldicion*.

Presentóse, pues, nuestro Redentor á Dios su Padre, cargado con todos los pecados cometidos por todos los hombres despues del pecado original y de todos los que se han de cometer por todos los hombres hasta la consuma-

cion de los siglos. Y como Dios es la justicia exacta y perfecta que castiga *todas* nuestras culpas segun la gravedad de cada una de ellas, hemos de mirar con la fe á nuestro adorable Salvador como agobiado y abrumado bajo el peso inmenso de todos los sufrimientos temporales y eternos, que son el castigo inevitable de aquellos pecados.

Quien fijare un instante su atencion en esta idea, comprenderá que le fué precisa á Jesús toda su divina omnipotencia para poder vivir un solo momento en esta condicion de víctima universal.

Hé ahí la razon de una antigua tradicion cristiana, que refiere que nunca jamás durante su vida se vió sonreir á Jesucristo. Su pasion empezó con su vida. El Calvario no fué más que el acabamiento de esta obra de expiacion.

II.

Durante tres años y medio manifestóse Jesús al mundo con la predica-

cion de su doctrina y el resplandor de sus milagros. Todo el que hubiese querido ver y oir podia fácilmente convencerse.

Acercábanse las fiestas de la Pascua, el odio de los fariseos y escribas contra el divino Maestro habia llegado á su colmo. Con ocasion del grandioso milagro de la resurreccion de Lázaro, obrado recientemente en Betania, habíanse reunido, y ciegos de cólera habian lanzado su maldicion sobre la persona sacratísima del Salvador. Aquellos infelices, creyendo destruir á Jesús, iban á servir de instrumento, á pesar suyo, para los designios misericordiosos de Dios sobre el género humano.

El Hijo de Dios, para dar ejemplo de obediencia y respeto á la ley, observaba puntualmente todas las prescripciones que siglos antes habia ordenado El mismo á Moisés en la montaña del Sinai. Volvió, pues, á Jerusalen algunos dias antes de la fiesta, á fin de celebrarla con sus Apóstoles; iba á inmo-

lar con ellos el cordero pascual, figura del sacrificio verdadero en el cual El mismo, Hijo de Dios, Cordero de Dios, iba á ser inmolado por la salvacion del mundo. El pueblo de Jerusalen en masa, entusiasmado con sus repetidos milagros y atraido por el encanto suavísimo de su dulzura y bondad, salióle al encuentro, y de esta suerte entró como rey de Sion triunfante en Jerusalen.

Exasperado y fuera de sí por este último obsequio, y apoderado de un furor diabólico, el príncipe de los sacerdotes, Caifás, reune el Sanhedrin, es decir, el gran Consejo religioso de los judíos, y de comun acuerdo resolvióse allí deshacerse en secreto de la persona de Jesús. No se atrevieron á echarle mano públicamente á causa del entusiasmo del pueblo.

Su odio halló mejor auxiliar de lo que podia esperarse á causa de la traicion de uno de los discípulos amados del Salvador, Judas Iscariote, nombre que ha venido á ser para todas las genera-

ciones objeto de execracion. Desde mucho tiempo atrás estaba Judas encargado de los fondos que servian para la manutencion diaria de Jesús y de los que le acompañaban. Jesús nada poseia, como tampoco sus discípulos; pero algunos piadosos amigos y algunas santas mujeres asistian con sus limosnas al divino Maestro. La posesion de este pequeño caudal excitó en el corazon de Judas la terrible pasion de la codicia; endurecióse poco á poco, hizose indiferente á los contiuuos milagros del Señor, y dejó de atender á su divina palabra. Cuando allá en Betania, siete dias antes de la Pasion, Magdalena derramó sobre los piés del Salvador sus preciosos perfumes, que Judas valoró en trescientos denarios (1), irritóse este mal discípulo, bajo pretexto de que hubieran sido más provechosos para los pobres; y habiéndole reprendido severamente Jesús por su murmuracion, resolvió

(1) Poco menos de mil pesetas.

desde entonces vengarse y entregar á su Maestro. La ocasion no se hizo aguardar. El jueves presentóse el apóstol traidor á Caifás, y le dijo: «¿Qué me daréis, y yo lo entregaré en vuestras manos?» Y resolvieron entre sí darle treinta piezas de plata (1), precio ordinario de un esclavo. Así cumplieron los judíos, sin pensarlo, la célebre profecía escrita en sus propios libros, de que el Mesías seria vendido por treinta dineros por los hijos de Israel.

Salió Judas, é hizo que se le diese una cohorte ó compañía de soldados de los que estabán de guardia en el templo, á los cuales se juntaron algunos criados ó alguaciles con hachas y linternas.

III.

El dia de Jueves Santo, catorce de abril, reunió Jesús á sus Apóstoles en

(1) Poco menos de cien pesetas.

una casa situada sobre la colina de Sion, junto al mismo lugar donde estuvo depositada el Arca antes de la construccion del templo, sobre la sepultura de David. Celebraron allí la Pascua segun el rito de Moisés, comieron el cordero pascual con el pan sin levadura y las lechugas amargas como mandaba la ley.

Despues de esta comida instituyó Jesús la Eucaristía.

Sabiendo que era llegada su hora y que iba á separarse de este mundo, quiso en el exceso de su divino amor dejar á sus hijos peregrinos sobre la tierra un alimento celestial, destinado á reanimar sus fuerzas y á mantener en ellos la santidad de la vida cristiana. Este pan de los cristianos, este alimento de las almas es el mismo Jesús, presente en realidad, bien que encubierto bajo las apariencias del Santísimo Sacramento.

Toma, en efecto, pan entre sus santas y venerables manos, y levantando los ojos al cielo, bendice este pan, róm-

pelo, y lo ofrece á sus Apóstoles, diciendo:

«Tomad y comed todos de él, pues este es mi cuerpo.» Toma despues un cáliz ó copa de vino, lo bendice igualmente, y se lo da tambien á sus Apóstoles, diciendo:

«Tomad y bebed de él todos, pues esta es mi sangre, la sangre de la nueva y eterna alianza, misterio de fe, la cual será derramada por vosotros y por muchos para la remision de los pecados. Y cada vez que hiciéreis lo que acabo de hacer Yo, lo haréis vosotros en memoria de Mí.»

Judas comulgó como los demás discípulos, y rompiendo con el sacrilegio los últimos lazos que le ataban con el Hijo de Dios, salió y fuése á vender á su Maestro.

Cuando el desventurado hubo salido, hizo Jesús con sus Apóstoles la accion de gracias, y san Juan, el discípulo querido que durante la Cena habia reposado su cabeza sobre el seno de su buen Maestro, nos dejó el resúmen de

las adorables palabras que forman en su Evangelio (1) el precioso *Discurso de la Cena*. Allí explica Jesús los inefables secretos de la union con nosotros, el misterio de nuestra vida espiritual, haciéndonos como entrever las profundidades del Sacramento de su amor.

Despues de este discurso, salió el Salvador del Cenáculo seguido de sus once Apóstoles, y prosiguiendo su conversacion sobre el reino de Dios, encaminóse hácia un montecillo situado al Oriente de Jerusalen, llamado el monte de los Olivos. Luego que llegaron allí, entráronse en un huerto llamado Getsemaní, donde habia algunas cuevas que servian de refugio á los viajeros pobres que venian por las fiestas á Jerusalen. Jesús y sus discípulos retirábanse muy á menudo allí durante la noche para descansar un poco y entregarse luego á la oracion.

Judas lo sabia; por eso condujo á

(1) Evangelio de san Juan desde el capítulo XIII, verso 31, hasta el cap. XVIII.

este lugar los soldados y ministros de Caifás.

IV.

Al entrar en el huerto de Getsemaní, dijo Jesús á sus discípulos: «Quedaos vosotros aquí, y aguardadme; Yo voy á orar algo más léjos. Vosotros por vuestra parte orad tambien, á fin de no sucumbir en la prueba. Y tomó consigo á tres de sus discípulos predilectos: Pedro, el discípulo de la fe; Juan, el discípulo del amor; Jaime, el discípulo de la oracion.

Entonces empieza la Pasion.

Cristo, abandonando voluntariamente su santa humanidad á la justicia rigurosa de su Padre, experimenta las primeras angustias de la muerte, que va á sufrir para salvarnos. «Mi alma está triste hasta la muerte, dice á sus tres Apóstoles, aguardadme aquí y velad conmigo.» Y rendido de congoja y melancolía, adelántase un poco mas léjos, y se entra en una gruta que se venera aún con el nombre de *Gruta de*

la agonía. Póstrase rendido tocando con el rostro en tierra, cayendo desfallecido en medio de angustias inexplicables.

La multitud innumerable de los pecados del género humano con todo su horror y deformidad cae de golpe sobre él como espantoso nublado. Como un dia en las tentaciones del desierto, acércasele Satanás para redoblar sus dolores, y entonces agobiado por todas partes clama el Salvador dirigiéndose á su Padre: «Padre mio, haced, si es posible, que se aleje de mí este cáliz de sufrimientos. Cúmplase, no obstante, vuestra voluntad y no la mia.» Y sumido en una verdadera agonía, bañado el cuerpo de un sudor de sangre que corre hasta el suelo, va repitiendo su ardentísima oracion.

Aquí, como en todo lo del Evangelio, para comprender el misterio de Cristo es preciso no olvidar que, á pesar de ser Dios, era Cristo hombre verdadero y perfecto con todas las facultades de la humana naturaleza, y en todo seme-

jante á sus hermanos menos en el pecado, como dice san Pablo.

Debemos recordar, además, que este Hombre-Dios es el hombre de dolores, destinado á ser el mártir y la víctima por nuestros pecados. Nuestros pecados causaron su Pasion, y los judíos deicidas no fueron apenas otra cosa que el instrumento exterior de este crímen infinito. De esta suerte el Hijo de Dios, eterno y adorable, sufria en su santa humanidad, dando á sus lágrimas y á su mente un valor y precio absolutamente divinos.

Tras una hora de tan récio combate, Jesucristo todo ensangrentado, pálido, lívido, se levanta y se acerca á sus Apóstoles. Rendidos por la fatiga y por la tristeza, habíanse idodurmiendo uno en pos de otro. «¡Ea! les dice Jesús; ¿una hora no podeis estar en vela conmigo? Velad y orad á fin de no ser vencidos en la tentacion ó prueba que se acerca.» Y alejándose otra vez, empieza de nuevo su oracion y su tristísima agonía. Segunda vez vuelve á sus des-

cuidados discípulos, á quienes tenia aún vencidos el sueño, y contristado por verse abandonado hasta de ellos, les deja para emprender otra vèz la oracion. Para Jesús como para nosotros, para el *Hombre* como para los hombres, es la oracion el mejor modo de prepararse á la lucha y á la victoria.

Acercábase entre tanto Judas. La agonía habia durado más de tres horas, y era ya media noche. Tranquilo y apacible, adelantóse por vez postrera el Salvador hácia sus Apóstoles, y les dijo con amarga tristeza: «Podeis enhorabuena descansar y dormir; mirad, el que va á entregarme está ya aquí.» Levantáronse aterrorizados los Apóstoles, y en el mismo instante Judas, acompañado de los soldados del templo y de una turba alborotada, entró en el huerto. El traidor habia dado á los judíos esta contraseña: «Aquel á quien yo abrazare es Jesús de Nazaret; apoderaos de él, y conducidle con cautela.»

«Maestro, dijo el malvado á Jesús acercándosele, salud;» y le abrazó.

«Amigo mio, díjole bondadosamente el Salvador, ¿Qué has venido á hacer? ¡Ah, Judas! ¿con un beso entregas tú al Hijo del Hombre?»

Luego dió algunos pasos en direccion á la turba que venia para prenderle, y les dijo: «¿A quién buscais?»

Respondieron á voz en grito: «¡A Jesús de Nazaret!»

«¡Yo soy!» dijo Cristo.

Retrocedieron todos al oir estas palabras, y cayeron atemorizados.

Por vez postrera el Hijo del Hombre habia querido mostrarse Hijo de Dios, á fin de que comprendiesen aquellos perversos que era su Señor y que voluntariamente se entregaba á tantas humillaciones y sufrimientos.

Un poco despues levantáronse los soldados, echaron mano á Jesús, atáronle y le llenaron de golpes é injurias. Hiciéronle salir del huerto, y le condujeron á casa del sumo sacerdote Anás. Entre tanto Caifás, que era pontífice aquel año, reunió en su palacio el Consejo supremo de los sacerdotes judíos.

Los Apóstoles, que habian descuidado el fortalecerse con la oracion, huyeron cobardemente á vista de los judíos. San Pedro quiso resistir un momento, cedió empero como los demás, y se contentó con seguir de léjos al divino Maestro hasta el atrio ó portería del palacio de Caifás.

V.

Fué presentado Jesús delante de Anás. Allí se le interrogó sobre su doctrina y sus discípulos. «Solo en público he hablado y delante de todo el mundo, respondió sosegadamente el Salvador. He enseñado en vuestra sinagoga y en el templo delante del pueblo. ¿Por qué me preguntais á mí? Preguntad á los que me oyeron: ellos darán testimonio de lo que he dicho.»

Un soldado brutal, creyendo ver un insulto en estas palabras de Jesús, dióle un bofeton, diciendo: «Así te atreves á responder al sumo sacerdote?»

«Si hablé mal, dímelo, respondió Jesús con divina majestad y dulzura; pero si hablé bien ¿por qué me maltratas?»

Nuestro Señor Jesucristo quiso al parecer reunir en el curso de su Pasion todos los ejemplos de las virtudes cristianas más necesarias y más sublimes, y á la vez toda clase de dolores y de humillaciones en oposicion de nuestros vicios. En su agonía mostróse vencedor del desaliento, del tédio y de la melancolía, como expiacion á nuestras locas alegrías, de nuestras disipaciones y de nuestra tibieza en el servicio de Dios. Se nos presentó como modelo de perseverancia en la oracion, á pesar de los desconsuelos y ceguedades, enseñándonos de esta suerte á vencer todas las tentaciones, áun las más violentas. Su mansedumbre para con los Apóstoles, tan débiles, tan cobardes, y sobre todo para con el traidor Judas, nos enseñan la misericordia y el perdon de las injurias. Finalmente, si nos vemos sonrojados ó in-

sultados, de cualquier modo que sea, recordemos á nuestro Maestro abofeteado por un dependiente de la justicia, y conservando, no obstante, toda la paz del corazon y toda la majestad de la inocencia.

VI.

Poco tiempo estuvo Jesús en casa de Anás. Caifás, contra toda regla, habia reunido de noche el Consejo de los príncipes y de los sacerdotes en número de veinte y tres. Mandó, pues, recado á Anás, y Jesús fué conducido á presencia del Consejo.

Estos impíos jueces, que no se habian reunido para juzgar, sino para condenar, tenian comprados varios testigos (1), que se presentaron y acusaron uno tras otro á Nuestro Señor; mas sus declaraciones se contradecian groseramente.

«¿Nada respondes á las acusaciones que se hacen contra tí?» le preguntó el

(1) Más tarde lo reconoce el mismo *Talmud*, libro de los judíos.

sumo sacerdote impaciente por el divino sosiego de Jesús.

Él, empero, guardaba silencio.

—Te conjuro en nombre de Dios vivo, gritó levantándose Caifás, para que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios.

—Sí, tú has dicho bien, lo soy, respondió Jesús, y vosotros veréis un dia al Hijo del Hombre á la derecha de la majestad de Dios sobre las nubes del cielo!

—¿Qué necesidad tenemos de testigos contra él? clamó el sumo sacerdote rasgando sus vestiduras. Acabais de oir vosotros mismos la blasfemia.

—¡Merece la muerte! —gritaron todos á una voz. Y lanzándose todos sobre el Salvador con los ministros y los soldados, empezaron otra vez á maltratarle y á darle de bofetadas. Llevámonle luego á uno de los calabozos del palacio; el rostro adorable de nuestro buen Dios fué cubierto allí con una venda, y los miserables que le golpeaban mofábanse de Él, diciendo: «Cris-

to, profetiza y adivina quién te ha pegado!»

Así fué ignominiosamente ultrajado el Salvador por espacio de muchas horas.

VII.

Durante el interrogatorio hallábase Pedro en el patio de la casa de Caifás en medio de una turba numerosísima.

Antes de entrar en el huerto de Getsemaní habia repetido á su Maestro mil protestas de adhesion, sinceras indudablemente, pero algo presuntuosas, y á pesar de las advertencias de Jesús, habíase dormido en el huerto en vez de mantenerse en oracion. «Aunque todos os abandonen, no os abandonaré yo,» habia dicho, y el Hijo de Dios habíale respondido con amargura: «¡Esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces!»

Tres veces, en efecto, renegó Pedro de Cristo. Dirigióse á él una criada, poco despues de su entrada en el patio, y preguntóle si era ó no uno de los

discípulos de Jesús de Nazaret. Y Pedro respondió: «Mujer, no le conozco poco ni mucho. No sé de qué hablas.»

Adelantóse lleno de turbacion en medio de los soldados, y acercóse á la lumbre. Pocos momentos despues, otra criada, habiéndole mirado un poco, llamó sobre él la atencion de los que se calentaban. Y preguntado segunda vez, el Apóstol cobarde negó de nuevo y con juramento que conociese á «aquel hombre.»

Pasó una hora, y uno de los criados del pontífice que habia acompañado á Judas al huerto de los Olivos, acertó á entrar en el patio, conoció á Pedro, y le dijo: «A tí te he visto en el huerto con él.» Amostazado Pedro, empezó á blasfemar y á jurar tercera vez que nunca habia conocido á Jesús.

Y de repente cantó el gallo.

En aquel mismo punto salia Jesús de la sala del Consejo, y era conducido al calabozo. Al pasar junto á Pedro, dirigióle una mirada de lástima y de reprension. Y herido Pedro por aque-

lla divina mirada, recordó la palabra de su Maestro. Levantóse, salió de la casa y rompió á llorar amargamente.

Una piadosa tradicion refiere que fué á buscar aliento y consuelo al lado de la santísima Vírgen y de san Juan, que durante la Pasion no abandonó un instante á la Madre de Jesús.

La cobarde negacion de Pedro fué uno de los mayores dolores de Cristo. Era Pedro su discípulo escogido, designado ya de antes para sustituirle sobre la tierra como jefe de los demás Apóstoles y de toda la Iglesia. Su desden le fué tanto más doloroso cuanto habian sido más completas para con él la intimidad y la confianza.

¡Cruel expiacion de nuestras ingratitudes para con Dios!

VIII.

Pedro se arrepintió desde luego de su pecado. Lloró, acudió á María, y no desconfió de la bondad de Jesús.

Tambien Judas se arrepintió, dice

el Evangelio, en cuanto vió las tristes consecuencias de su crímen. Mas hay dos clases de arrepentimiento: uno que nace del amor y conduce otra vez á Dios; otro que nace de profunda perversidad, y que no es sino desesperacion. Tal fué el negro arrepentimiento de Judas, cuando viendo condenar á Aquel que fuera para él tan bondadoso, se presentó á los príncipes de los sacerdotes, y arrojando á sus piés las treinta monedas de plata, les dijo: «He pecado, entregándoos la sangre del Justo.» Respondiéronle con risas y burlas, y él, poseido de terror y rabia, salióse como un loco y se ahorcó de un árbol junto á las puertas de la ciudad. Reventó su cuerpo, y esparciéronse por el suelo sus entrañas. «¡Ay de aquel, habia dicho Jesús, por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡Fuérale mejor no haber nacido!»

Matarse á si mismo es crímen sin perdon. Por crímenes que se hayan cometido en este mundo, debe tenerse presente á todas horas la misericor-

dia infinita del Salvador. La desesperacion es tal vez el único pecado que separa absolutamente de Dios.

IX.

Al apuntar la aurora de aquel dia, reunió Caifás un segundo Consejo compuesto, no solamente de los príncipes de los sacerdotes, sí que tambien de los ancianos del pueblo, los escribas de la ley y los fariseos. Jesús fué interrogado de nuevo, y de nuevo afirmó que era el Cristo, Hijo de Dios hecho hombre. Fué confirmada, pues, la condenacion de la noche. Mas, como el gobernador romano era el único que podia ratificar las sentencias de pena capital, Jesús fué conducido al palacio de Poncio Pilatos, que era entonces gobernador de Jerusalen en nombre del emperador Tiberio.

Era Pilatos hombre débil y egoista, deseoso de complacer á todo el mundo y poco escrupuloso en materias de justicia.

Eran cerca las seis de la mañana (1) cuando pareció Jesús ante su tribunal. Los judíos acusaron al Salvador de multitud de crímenes y lo presentaron como un sedicioso, que se llamaba rey de Israel en menosprecio de la autoridad del César.

Pilatos, pues, interrogó á Jesús, y sintióse conmovido desde luego por su majestad y dulzura.

—¿Eres rey?—le preguntó.

—Sí, respondió Cristo, bien has dicho. Soy Rey, pero mi reino no es de este mundo: si lo fuese, estaria yo rodeado de servidores que defenderian mi persona. Yo vine á este mundo para dar testimonio de la verdad.

—Bien, y ¿qué es la verdad?—preguntó Pilatos; y sin aguardar respuesta dirigióse á los judíos, y les dijo que, no hallando crímen en aquel hombre,

(1) Los Evangelistas cuentan las horas, unos segun el uso romano, otros segun el uso judío; esto basta para explicar satisfactoriamente algunas dificultades.

se lo remitia él á Herodes, tetrarca de Galilea. Acababa, en efecto, de comprender que Jesús era galileo.

¡Insensato juez! semejante á tantos hombres de nuestros tiempos, pregunta á Dios ¿qué es la verdad? y da tan poca importancia á la única cosa que la tiene en este mundo, que no se digna aguardar la respuesta á aquella pregunta! La verdad, hubiérale respondido Jesús, soy Yo; la verdad es mi palabra; la Religion es la práctica de la verdad, es servirme, es obedecer mi ley. No estás en el mundo más que por Mí y para Mí, para salvar tu alma por el convencimiento de esta verdad y la práctica de esta ley. Y ¿de qué van á servirte todas tus grandezas si pierdes el alma?

Jesús es Rey por ser Dios encarnado; es Rey y Señor; es Rey de reyes, y toda autoridad sobre la tierra procede de El, descansa en El y debe servir para su gloria. Su reino está en este mundo, aunque no séa ó no provenga de este mundo. El es, en cierto modo, el cielo reinando sobre la tierra para destruir

poco á poco el poder del demonio, y restablecer de esta suerte la paz y la unidad trastornadas por el pecado original.

Este reino, uno, santo, universal, se llama la Iglesia.

X.

Herodes, tetrarca ó rey de Galilea, era un príncipe extranjero y cruel, ilustrado á su manera, caudillo de una secta filosófica entre los judíos. ¡Triste filosofía la que no se apoya en la fe y en la virtud!

Habia oido hablar de Jesús, como de hombre que hacia muchos milagros, y aguardaban él y sus cortesanos vérselos hacer en su presencia. Cristo, empero, ni una palabra dijo delante de ellos. Burlado Herodes en sus esperanzas, mofóse de El, miróle como un loco, é hízole vestir una túnica blanca, que era el traje de los tales: púsole en las manos una caña como cetro, y en

medio de burlas y blasfemias fué Cristo conducido otra vez á Pilatos.

Nuestra rebeldía contra Dios es una verdadera locura; justo era, pues, que nuestro Redentor, víctima expiatoria de esta rebeldía, apareciese con el traje de loco en el doloroso dia de la reparacion.

Los gritos del pueblo, excitado por los fariseos y por los príncipes de los sacerdotes, redoblaban con furia siempre mayor. Pilatos interrogó de nuevo á Jesús, pero éste no respondió palabra.

Entonces creyó el gobernador haber encontrado un medio ingenioso para librar á aquel hombre, cuya inocencia tan claramente veia. Era costumbre que los gobernadores romanos en la fiesta de Pascua concediesen á los judíos el indulto para un reo de muerte. Hallábase entonces en las cárceles públicas un celébre bandolero llamado Barrabás, y creyó Pilatos que proponiéndole al pueblo la eleccion entre el bandido asesino y Jesús, esta no era

dudosa en favor del segundo. Recordó, pues, á los judíos la costumbre de la Pascua, y les preguntó á quién querian que indultase, si á Barrabás ó á Jesús, por sobrenombre Cristo.

Los fariseos supieron alucinar de tal modo á la multitud, que esta con grito casi unánime respondió á Pilatos: «¡No queremos el perdon de éste, sino el de Barrabás!»

—¿Y qué haré del otro?—preguntó impaciente Pilatos.

—¡Que sea crucificado!—gritaron todos.

Por una misteriosa coincidencia, el nombre verdadero de ese Barrabás era tambien Jesús. *Barabbas* es un sobrenombre, y significa *hijo de padre.* Por respeto al nombre santo del Salvador, los Evangelistas llamaron á Barrabás con este sobrenombre; así lo enseñan los antiguos Doctores.

Jesús, Hijo de Dios é Hijo de María, libra de la muerte al hombre que lleva su nombre. En este sangriento trance de la Pasion, Barrabás figura al gé-

nero humano entero, hijo culpable de Adan y rescatado por Jesucristo, Hombre nuevo, Dios de Adan y á la vez nuestro Dios y nuestro hermano.

XI.

Vacilaba siempre más y más el débil gobernador. «Pero yo no le hallo culpa á este hombre,» repetia á los fariseos y judíos, y por toda respuesta alzábase de todas partes feroz clamoreo. Cedió el cobarde por temor, y para conciliarlo todo hizo azotar á Jesús, esperando satisfacer tal vez con esta crueldad la rabia del populacho.

Llevaron, pues, á nuestro Salvador al patio del Pretorio y los soldados romanos le desnudaron de la túnica blanca, y atáronle á un pilar, y empezaron á descargar sobre él. Su carne sacratísima reventó al punto por mil partes con la fuerza de los látigos armados de puntas de hierro que usaban los romanos para este castigo. Despues de este suplicio hiciéronle sentar en una pie-

dra, echaron sobre sus espaldas un manto de vieja púrpura, pusieron sobre su cabeza un manojo de espinas en forma de corona, y en sus manos otra vez el cetro de caña. «Salve, Rey de los judíos,» le decian arrodillándose y postrándose burlescamente delante de Él. Y le abofeteaban, y le escupian, y tomándole la caña le daban con ella en la cabeza.

En su carne santísima fué castigado el pecado de nuestra carne: el Hijo purísimo de María expió de esta suerte en su cuerpo todas las impurezas y fealdades de nuestro corazon corrompido...

Ensangrentado todo y adolorido, el Redentor del mundo fué llevado otra vez á Pilatos, quien adelantándose con Él á la galería del Pretorio, lo mostró tan despedazado á la multitud, diciendo: «¡He aquí el hombre!»

Sí, por cierto: hé aquí el Hombre, el Hombre por excelencia, el Hombre Dios, el nuevo Adan que bajó á la tierra para reparar la caida del primero y

rehacer en cierto modo al hombre, es decir devolverle la vida divina que habia perdido.

¡He aquí el Hombre! Centro de todas las obras de Dios en el órden de la naturaleza, en el órden de la gracia y en el órden de la gloria. Nadie sin Él puede acercarse á Dios, y únicamente en el conocimiento de aquel misterio por el cual Dios se hizo tal Hombre se encierra para el hombre el secreto de su rehabilitacion, de su vida y de su felicidad.

XII.

Pilatos quedó engañado en sus intentos. El pueblo es cruel, y la vista de la sangre le irrita siempre más y más. Apenas pareció en el balcon el Hijo de Dios, gritos furiosos se dejaron oir en todas partes: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícalo!»

—¿Y por qué he de crucificar á vuestro Rey, puesto que es inocente? — les pregunta Pilatos.

—¡No tenemos otro rey que el César! no queremos que éste reine sobre nosotros. Se ha llamado á sí mismo Hijo de Dios, y segun nuestra ley ha de morir! Si le perdonas, haces traicion al César!

Con estas palabras aumentósele á Pilatos el miedo, y ahogó la voz de su conciencia. Subió, pues, á su tribunal que, segun costumbre antigua, estaba situado al aire libre y sobre la fachada del palacio. Hizo le trajesen agua, y se lavó con ella las manos en presencia de la multitud. «Soy inocente, dijo, de la sangre de este justo. Vosotros seréis responsables de ella!»

«¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» gritó todo aquel pueblo, hasta entonces pueblo de Dios y que desde entonces, maldito como Cain, y como él errante sobre la tierra, arrastrará á través de todos los siglos y en medio de todas las naciones el castigo de su horrible deicidio.

Pilatos, pues, condenó á Jesús al suplicio de la cruz, el más infame y

doloroso de todos los de la antigüedad. Escribió en hebreo, en griego y en latin un rótulo ó letrero para ponerlo segun costumbre sobre la cabeza del ajusticiado (1): «Jesús Nazareno, Rey de Judíos.» Los príncipes de los sacerdotes quisieron se cambiasen estas palabras, diciendo que Jesús no era rey de los judíos, sino que habia querido hacerse tal. Pero el gobernador romano, que juntaba á un profundo desprecio de los judíos los re-

(1) Fué grabada esta inscripcion sobre una plancha de cedro pintada de blanco y teñidas de encarnado las letras. Este precioso recuerdo de la Pasion se ve aún en Roma en la basílica de la Santa Cruz, en donde fué depositado por la emperatriz Helena á principios del siglo IV. Santa Helena hizo la peregrinacion á Tierra Santa para recoger allí las reliquias de la Pasion que á usanza de los judíos habian sido enterradas en el mismo lugar del suplicio. En la misma basílica se venera uno de los clavos, un pedazo notable de la cruz y algunas espinas de la corona. La mitad de la corona fué regalada por san Luis, rey de Francia, á la catedral de París.

mordimientos de su mala conciencia, respondió con mal humor y enojo: «Lo que está escrito, escrito está.»

Así quedó en cierta manera Jesús proclamado Rey de los Judíos, esto es, del verdadero pueblo de Dios y esto en nombre del imperio romano, á la sazon dueño del universo, y por medio de los tres idiomas sagrados, el hebreo, el griego y el latin.

Eran las dos de la madrugada cuando Pilatos pronunció su sentencia. Construyóse la cruz que, segun antiguas tradiciones, era de madera misteriosa. Para dar mayor aparato al suplicio de Jesús y para más deshonrarle, los príncipes hicieron que fuesen sacados á ajusticiar con El dos malvados que en las cárceles de la ciudad estaban tambien sentenciados.

Durante todo éste tiempo quedó abandonado Jesús á disposicion y merced de los soldados del gobernador, quienes viéndole sentenciado le maltrataban, le herian con mayor crueldad todavía. No salió del Pretorio más que

para encaminarse al Gólgota ó Calvario (1), al Occidente de Jerusalen, fuera de sus murallas. Era el lugar ordinario de las sentencias.

XIII.

El camino que empezó á seguir el fúnebre acompañamiento tiene de extension unos veinte minutos. Se le llama desde entonces la *via dolorosa*, y aún en el dia pueden los piadosos peregrinos regar con sus lágrimas aquel terreno consagrado por las sangrientas pisadas del Redentor.

Jesús llevó El mismo su cruz, y cayó repetidas veces bajo el peso de esta su tan cruel como querida carga. Se enseña aún la plaza en que la Vírgen María, acompañada de san Juan y de santa María Magdalena se situó para aguardarle y seguirle despues. La humildísima María, oculta, por decirlo

(1) Una antigua tradicion fija en esta colina la sepultura de Adan. Allí mismo fué donde Abrahan habia prefigurado con el sacrificio de Isaac el sacrificio del Salvador del mundo.

así, para todos, áun para los fieles despues de los misterios de la Encarnacion, vuelve solamente á aparecer al consumarse el misterio de la Redencion.

Cuenta la tradicion que una piadosa mujer se echó á los piés de Cristo para ofrecerle una bebida confortante y enjugarle el santo rostro, lleno de sudor, de sangre y de salivazos. Cristo recompensó su valerosa fe imprimiendo milagrosamente sus tristes facciones en el velo con que se les enjugó (1).

Jesús y los dos ladrones llegaron á la cima del Calvario, poco más ó menos á las nueve de la mañana. Así resulta de las antiguas tradiciones cristianas y de las indicaciones de los santos Evangelistas. San Marcos dice expresamente: «A la hora de tercia le crucificaron: crucificáronle á la tercera hora.» Y la hora de tercia, ó tercera, corres-

(1) Este es el *Santo Sudario* ó velo de santa Verónica, que se guarda como joya preciosa en Roma, en la basílica de San Pedro.

pondia entre los judíos á las nueve de la mañana entre nosotros. Las tinieblas cubrieron el Calvario á la hora de sexta, esto es, al *medio dia:* «Desde la hora de sexta, dice, hasta la hora de nona quedó llena de tinieblas toda la tierra.» Se confunde ordinariamente la hora de la crucifixion con la hora en que empezaron las tinieblas, á pesar de la palabra exprèsa del Evangelio. Nuestro Señor Jesucristo permaneció, pues, *seis horas* en la cruz, y no sólo tres, como se dice comunmente.

XIV.

Los verdugos arrancaron á Cristo nuestro Señor sus vestiduras, que se habian ya pegado á sus llagas. Extendieron al divino Cordero Jesucristo sobre la leña del sacrificio, que era la cruz, y le clavaron en ella por las manos y por los piés. Sobre su cabeza coronada de espinas colocaron el letrero de Pilatos. Alzaron en seguida la cruz y la fijaron en la roca, y apareció

á vista de todos el Fruto de este nuevo árbol de vida, santo á la vez y maldito de los hombres, suspendido entre el cielo y la tierra!

Era la hora aquella en que, segun el rito mosáico, los sacerdotes ofrecian á Dios el sacrificio diario de la mañana inmolando un cordero. El sacrificio de la tarde se verificaba á las tres.

Fueron crucificados los ladrones uno á cada lado de la cruz del Salvador; estaba á su diestra el que luego se convirtió y que dicen se llamaba Dimas.

Los soldados se repartieron los vestidos de los tres ajusticiados; pero como la túnica del Salvador no tenia costuras, no quisieron partirla, sino que la sortearon. Todo esto fué cumplimiento textual de las antiguas profecías, y como la realizacion de los signos con los cuales debia ser reconocido Cristo, el Mesías venidero, el Rey de la gloria y hombre de dolores, jefe verdadero de la casa de Israel.

El Calvario se hallaba cubierto de gente del pueblo, y los fariseos se re-

gocijaban allí en su triunfo. «¡Ea! gritaban apostrofando con ironía al Crucificado y aludiendo á una de sus profecías; tú que pretendes destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres dias, baja pues al punto de la cruz!» «¡Mirad, añadian, salvó á otros y no puede salvarse á sí mismo! Si es rey de Israel, bájese de la cruz, y creerémos en su persona!»

El pueblo y los soldados iban repitiendo estas blasfemias.

XV.

En medio del tumulto y gritería dejóse oir la voz del Hijo de Dios. Su primera palabra fué de oracion.

«¡Padre mio, clamó Jesús, perdonadlos, pues no saben lo que hacen!»

¡Oh, no! Cierto no conocemos lo que hacemos cuando cometemos un pecado. Lo mismo es para nosotros pecar, que para los judíos crucificar é insultar al Salvador. Leyendo en el Evangelio los horribles excesos de los judíos, nos in-

dignamos contra ellos. ¿Por qué, pues, no nos indignamos contra nosotros mismos, que mil veces en nuestra vida hacemos lo mismo que hicieron aquellos, cometiendo traicion contra Jesús, negándole, avergonzándonos de El, menospreciando su santidad, pisoteando la sangre preciosa con que rescató nuestra alma, crucificándole en el fondo de nuestro corazon y tal vez blasfemándole al mismo tiempo?

XVI.

Al oir tan dulce y adorable expresion: «¡Padre mio, perdonadlos, porque no saben lo que hacen!» el corazon de Dimas, ladron crucificado á la diestra de Cristo, sintióse tocado de vivo arrepentimiento. En tanto amor y en tanta misericordia reconoció las señales de su buen Dios, y como primera conquista de la cruz del Salvador, dirigióle sus ojos bañados en lágrimas, y le dijo: «Señor, acordaos de mí cuando estuviéreis en vuestro reino.»

Y le respondió Jesús: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.»

¡A cuántos pobres pecadores ha consolado esta divina respuesta! ¡Cuán dulces lágrimas ha hecho derramar! ¡Qué valor y confianza han dado al arrepentimiento! Pero tambien, ¡qué fe tan prodigiosa la de este grande penitente del Calvario! Tenia delante un hombre desfigurado, cubierto de sangre, colgado como él de un infame cadalso, y, á pesar de todo esto, reconoció en Él á su Dios y Salvador! ¡A pesar de los crímenes de que se reconocia culpable, confió en el amor de Dios y en su misericordia sin límites, y su confianza no quedó defraudada! Jesús con sus propios labios declaróle absuelto y santificado, ya que sólo los justos y puros ante Dios pueden entrar con Él en el paraíso.

Sea lo que sea de nosotros, ¡confianza! Nuestro Dios es nuestro Salvador, y desde lo alto de la cruz nos promete el perdon. Acordémonos del buen ladron, pero acordémonos tambien de la

palabra de san Agustin contra los que se prometen una falsa penitencia: *Unus ne desperes, unicus ne præsumas.* El Evangelio ofrece este admirable ejemplo para excitarnos á la confianza y á no desesperar; pero no ofrece más que uno á fin de que nadie funde en él una vana presuncion.

XVII.

Tres horas habia que estaba Cristo pendiente de la cruz. Hácia la hora sexta, esto es, cerca del medio dia, una oscuridad espantosa cubrió la tierra y duró hasta la hora de nona ó sea hasta las tres. No fué un eclipse ordinario, sino un milagroso oscurecimiento de la luz, para que conociese todo el mundo que la obra divina de la Redencion estaba próxima á consumarse.

Muchos historiadores paganos y judíos han atestiguado la realidad de estas tinieblas ú oscuridad del Viernes Santo, y uno de ellos asegura que eran tan densas que permitian verse las es-

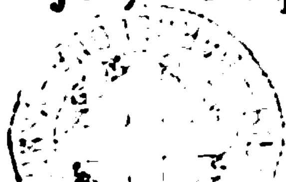
trellas como de noche. Moisés para librar el pueblo de Dios de la servidumbre de Faraon hizo que se cubriese la tierra de otras tinieblas semejantes durante tres dias, por el poder de aquel mismo Hijo de Dios que más tarde habia de morir en la cruz, verdadero libertador del pueblo y único dueño de la naturaleza.

Al pié de la cruz hallábase en pié, inmóvil, traspasada de dolor, la Vírgen inmaculada, á quien habia escogido por Madre suya el Hijo de Dios.

No en vano quiso Jesucristo que estuviese allí su Madre amadísima. Despues de haber vivido acompañada de ella durante toda la vida, quiso que le asistiese en su muerte, que estuviese junto á su cruz, como testigo de la sangre que derramaba por la salvacion del mundo. La cruz se apoya en María y María en la cruz. Suprimid á María, decia san Cirilo en el concilio ecuménico de Efeso, y cae la cruz. Acompañábanla san Juan y santa María Magdalena y algunas otras santas

mujeres que solian seguir al Salvador. María, en cuyo seno se obró el misterio de la Encarnacion, unida en el Calvario á su Hijo Jesús, se ofrecia con Él por la salvacion del humano linaje. Sin dolor habia dado á luz al Hijo purísimo de su virginidad, y mientras Este anunciaba su mision sobre la tierra, daba á luz Ella á costa de inmensos dolores otro hijo adoptivo y culpable por el cual Jesús moria. Este hijo pródigo, este nuevo hijo de Dios y de María era el género humano, era la Iglesia, para cuya vida espiritual y eterna se dignó morir Jesucristo.

El género humano estaba representado en el Calvario por san Juan, el discípulo amado de Jesús, el discípulo vírgen que iba á ser hijo de María. En efecto. Poco antes de espirar, Jesús, reanimando un poco sus fuerzas casi agotadas, puso los ojos en su Madre y en san Juan, que le contemplaban con dolorosa ternura: con la mirada señaló san Juan á María, y dijo á ésta: «Mujer, hé aquí tu hijo.» Y señalando en



seguida la santa Vírgen á su fiel Apóstol, añadió: «Hé aquí tu madre.»

Fué este el momento supremo del sacrificio de María. De la misma boca de su unigénito Hijo recibia ella otro hijo, y todos nosotros andábamos comprendidos en esta palabra de nuestro Salvador. María extiende hasta todos nosotros el inefable amor de que se sentia abrasada hácia Jesús su verdadero Dios y su verdadero Hijo, y del mismo modo que en el dia de la Encarnacion el inmenso amor que sentia hácia Dios se le convirtió en amor de Jesús, así en el dia de la Redencion el inmenso amor suyo hácia Jesús tornóse todo en amor á la Iglesia, es decir, á todas las criaturas que aman á Cristo y viven de su vida.

La devocion á María es, pues, para los buenos cristianos inseparable de la devocion á Jesús, del mismo modo que el amor á Jesús es inseparable del amor á Dios.

XVIII.

Acercábase la hora solemne. Empezaban á disiparse algun tanto las tinieblas dejando ver pendiente de la cruz el cuerpo lívido y palpitante del Redentor. Este habia perdido ya casi toda su sangre, y la sombra de la muerte empezaba á cubrir su rostro sacratísimo.

Para hacernos comprender el abismo sin fondo de sus dolores, y el abandono tristísimo en que la justicia divina habia sumergido á su santa humanidad, gritó con angustiosa voz: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado?»

Víctima de nuestros pecados no se atreve, no osa, no puede llamar á Dios *Padre suyo*. Si nosotros miserables tenemos derecho para llamar á Dios con este dulcísimo nombre, hemos de recordar que lo debemos á nuestro Salvador, que se humilló por nuestro amor y nos recobró con su muerte la honra que nuestro linaje habia perdido.

«¡Tengo sed!» dijo Jesús con voz ya casi imperceptible. Uno de los soldados romanos, movido sin duda á compasion, tomó una esponja, la empapó en vinagre mezclado en agua, y con su lanza la aplicó á los secos labios del buen Jesús. Rehusó Jesús este último consuelo, y sabiendo que estaba cumplida la Redencion del mundo alzó un poco su cabeza coronada de espinas y murmuró: «Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.»

Despues, mostrándose Dios por la vez postrera, exclamó con un grito inmenso: *Consummatum est.* ¡Todo está cumplido! Y, dejando caer la cabeza, dió su espíritu... *emissit spiritum*...

¡Acaba de morir Dios! Misterio incomprensible de misericordia y de amor! Sí; Dios ha muerto en su humanidad, y este Espíritu que acaba de exhalar sobre el mundo es el Espíritu principio de toda vida, el Espíritu que en el primer dia de la creacion comunicó la vida á nuestro primer padre, no solamente la natural y terrestre, sino

la divina y sobrenatural; Espíritu de amor que perdiéramos apartándonos de Dios por el pecado y que nuestro Padre celestial nos devuelve por los méritos de su unigénito Jesús crucificado.

Muerto Jesús, su alma dejó de animar y vivificar su cuerpo, pero su cuerpo y su alma permanecieron unidos á la divinidad, y el Hijo de Dios no consintió que la muerte extendiese sobre su cuerpo su funesta accion más allá de esta separacion pasajera. Si vivimos y morimos en Cristo, sucederá lo mismo con nosotros; al momento en que el demonio, príncipe de la muerte, pusiere sobre nosotros su mano, nuestra alma, unida al alma santa del Salvador, vencerá con ella, y por ella el poder del enemigo, y en el dia de resurreccion final nuestro cuerpo pasajeramente vencido, emprenderá vida nueva é imperecedera por la virtud divina del cuerpo de su Redentor.

Así la vida de Jesús es nuestra vida, su muerte es nuestra muerte, su triunfo

y su gloria eterna son nuestro triunfo y nuestra gloria.

XIX.

Murió Cristo el dia de Viernes Santo, quince de abril, á la hora nona, esto es, á las tres de la tarde. Grandes prodigios se realizaron en el momento en que espiró. Tembló la tierra, y las rocas del Calvario se abrieron entre la cruz del Salvador y la del mal ladron. Un secreto terror se esparció por toda la ciudad de Jerusalen, y particularmente en el templo, donde se ofrecia á la sazon el sacrificio de la tarde. El velo que separaba el *Sancta Sanctorum* del santuario de los sacerdotes se partió con grande estrépito de arriba abajo, quedó en descubierto el arca de la alianza, y la puerta principal del templo se abrió por sí misma ruidosamente.

El alma adorable de Cristo, en el mismo instante en que dejó de animar su cuerpo crucificado, apareciese á las

almas santas que desde el principio del mundo aguardaban la venida del Redentor, les consoló y les hizo saber que se acercaba el momento de su libertad.

El cuerpo de Jesús quedó todavía algun tiempo pendiente en el patíbulo; no obstante, como se acercaba la noche y el dia siguiente era sábado, dia de riguroso descanso entre los judíos, los fariseos quisieron concluir de una vez y ordenaron se acabase á los ajusticiados rompiéndoles las piernas. Los verdugos fuéron, pues, á dar el golpe de gracia á los dos ladrones; mas un soldado llamado Longinos se adelantó hácia el cuerpo de Cristo y clavó brutalmente su lanza en el costado del Hijo de Dios. Quedó traspasado parte á parte su corazon, y san Juan, que no se habia movido del pié de la cruz, asegura en su Evangelio que de esta última herida manaron sangre y agua.

Los verdugos, seguros con esto de que Cristo quedaba ya bien muerto, se abstuvieron de romperle las piernas,

cumpliendo así sin saberlo la profecía de Moisés: «No le romperéis hueso alguno.»

Prohibia la ley que los cadáveres de los ajusticiados permaneciesen en el suplicio el dia del sábado. La santísima Vírgen, san Juan y algunos otros discípulos de Jesús resolvieron, pues, dar sepultura á su cuerpo, y con este intento uno de ellos, llamado José de Arimathea, hombre rico y poderoso, se presentó á Pilatos y le pidió permiso para desclavar el cuerpo del Hijo de María y recogerlo en una sepultura suya. Pilatos, habiéndose asegurado bien de su muerte, dió el permiso. El piadoso José, ayudado de algunos fieles, fué en seguida á tributar á su buen Maestro este postrer tristísimo obsequio. El santo cuerpo fué bajado de la cruz y colocado en brazos de su santísima Madre. Quitósele entonces la ensangrentada corona de espinas que ceñía aun su frente, arrancáronle los clavos de sus heridas, y fué llevado luego el destrozado cadáver á una se-

pultura recientemente abierta en la roca.

El cadáver fué lavado segun usanza de los judíos, sus llagas se llenaron con perfumes y ungüentos, y aplazando para la madrugada del dia siguiente acabar de cumplir este piadoso homenaje, las santas mujeres envolvieron su cabeza con un sudario y todo el cuerpo con una sábana. Se le bajó luego á la hoya abierta, como hemos dicho, en piedra viva, lugar que adoran aun hoy los peregrinos en Jerusalen, y despues del último á Dios y de los últimos besos, la Madre entró otra vez en Jerusalen con Juan su hijo adoptivo, con santa Magdalena y con sus demás compañeros.

Los fariseos y los príncipes de los sacerdotes habian tenido conocimiento de todo lo que se andaba haciendo, y recordando que Jesús habia dicho varias veces que resucitaria al tercer dia despues de su muerte, pidieron soldados á Pilatos «por el temor, decian, de que los discípulos de aquel

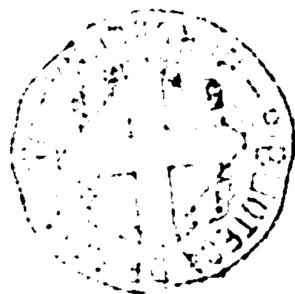
impostor fuésen á robar su cadáver y esparciesen despues la noticia de su resurreccion.»

Pilatos, á quien tenian de mal humor sus remordimientos, los despachó con cólera: «Guardas teneis; guardad vosotros mismos el sepulcro.» Los judíos cerraron entonces por sí mismos la entrada del sepulcro con una gran piedra, y pusieron en sus junturas el sello del templo á fin de evitar toda superchería.

CONCLUSION.

He terminado el sencillo relato de la adorable Pasion del Hijo de Dios hecho hombre. Sabes bien, mi querido lector, como en el santo sepulcro la vida quedó en cierta manera vencida por la muerte, y de qué modo esta aparente victoria de Satanás fué seguida inmediatamente de la resurreccion de Jesucristo. Al recuerdo de esta espantosa expiacion que Dios se dignó tomar sobre sí, hiere tu pecho como el Centurion en el Calvario, y conviértete de veras á tu Señor. Véte á buscar tu resurreccion en el sacramento de la Penitencia, en el cual ha depositado Jesús el tesoro inagotable de sus méritos y el fruto de su dolorosa Pasion. Procura resucitar á la vida de la gracia, visita desde entonces á Nuestro Señor, quien despues de su resurreccion nunca más volvió á morir. No mueras tú otra vez, no peques más;

como los Apóstoles, como los primeros cristianos, persevera en la oracion, en las buenas obras, en la penitencia, en el amor de Dios y de tus hermanos. Persevera sobre todo en el uso de la sagrada Comunion, *in fractione panis;* en la Eucaristía hallarás á Aquel que es el único sér necesario, cuyo amor es el verdadero consuelo de las miserias de este mundo, al mismo tiempo que una prenda de todas las felicidades de la eternidad.



FIN.

OBRAS DE MONS. SEGUR.

Al soldado en tiempo de guerra.—Un opúsculo, 20 cénts. de real el ejemplar, y 20 rs. el ciento.

Avisos y consejos á los aprendices.—80 cénts.

Clero y nobleza.—70 cénts.

Consejos prácticos sobre las tentaciones y el pecado.—1 real.

Consuelos á los que sufren.—3 rs. en rústica y 5 y medio en pasta. Fuera, medio real de aumento.

Contestaciones claras y sencillas á las objeciones más extendidas contra la Religion.—A los mismos precios q[illegible]

divididas en 6 cua[illegible]

Conversacion[illegible]

tual.—3 rs. en rúst[illegible]

medio real de aum[illegible]

El dinero de [illegible]

to, 20 rs.

El Niño Jesú[illegible]

El sagrado C[illegible]

rústica y 5 en per[illegible]

El infierno. S[illegible]

tarlo.— 2 rs. en [illegible]

Grandes verd[illegible]

¿Hay un Dios[illegible]

20 cénts.

Josefina, ó un[illegible]

La Confesion[illegible]

los niños.—Edici[illegible]

Edicion de lujo, [illegible]

rado.

La divinidad

La fe ante la ciencia moderna.—1 real y medio.
La Iglesia.—40 cénts.
La libertad.—4 reales.
La Misa.—1 real y medio.
La Oracion.—1 real.
La Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.— 80 cénts.
La piedad y las virtudes cristianas.—1 real y medio.
La piedad y la vida interior.—*Primer cuaderno:* Nociones fundamentales, 80 cénts.—*Segundo cuaderno:* La abnegacion, 1 real y medio.
La presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar. *(En prensa).*
La Religion al alcance de los niños.—80 cénts.
La revolucion.—1 real.
La Sagrada Comunion.— 80 cénts.
La secta católico-liberal.—1 real y medio.
Las maravillas de Lourdes.—3 rs. en rústica y 2 en pasta. *(En prensa nueva edicion).*
La Tercera Orden de san Francisco de Asis. —60 cénts.
Los francmasones: lo que son: lo que quieren: lo que hacen.—2 rs.
Los voluntarios de la oracion.—6 rs. el ciento.
Mi madre. Noticias de su vida y de su santa muerte.—1 real.
Objeciones contra la Enciclica.—32 cénts.
Reclinatorio para la visita del santísimo Sacramento.—1 real y medio en rústica, y 3 y medio en percalina.
Veladas religiosas.—2 tomos, 14 reales en rústica y 20 en pasta. Fuera 16 y 24.
¡ Viva el Rey !—80 cénts.

Por cada diez ejemplares se dan dos gratis si se toman en rústica, y uno si son encuadernados.
Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

La fe ante la ciencia moderna.—1 real y medio.
La Iglesia.—40 cénts.
La libertad.—4 reales.
La Misa.—1 real y medio.
La Oracion.—1 real.
La Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.— 80 cénts.
La piedad y las virtudes cristianas.—1 real y medio.
La piedad y la vida interior.—*Primer cuaderno:* Nociones fundamentales, 80 cénts.—*Segundo cuaderno:* La abnegacion, 1 real y medio.
La presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar. *(En prensa).*
La Religion al alcance de los niños.—80 cénts.
La revolucion.—1 real.
La Sagrada Comunion.—80 cénts.
La secta católico-liberal.—1 real y medio.
Las maravillas de Lourdes.—3 rs. en rústica y 2 en pasta. *(En prensa nueva edicion).*
La Tercera Orden de san Francisco de Asis. —60 cénts.
Los francmasones: lo que son: lo que quieren: lo que hacen.—2 rs.
Los voluntarios de la oracion.—6 rs. el ciento.
Mi madre. Noticias de su vida y de su santa muerte.—1 real.
Objeciones contra la Encíclica.—32 cénts.
Reclinatorio para la visita del santísimo Sacramento.—1 real y medio en rústica, y 3 y medio en percalina.
Veladas religiosas.—2 tomos, 14 reales en rústica y 20 en pasta. Fuera 16 y 24.
¡ Viva el Rey!—80 cénts.

Por cada diez ejemplares se dan dos gratis si se toman en rústica, y uno si son encuadernados.
Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.